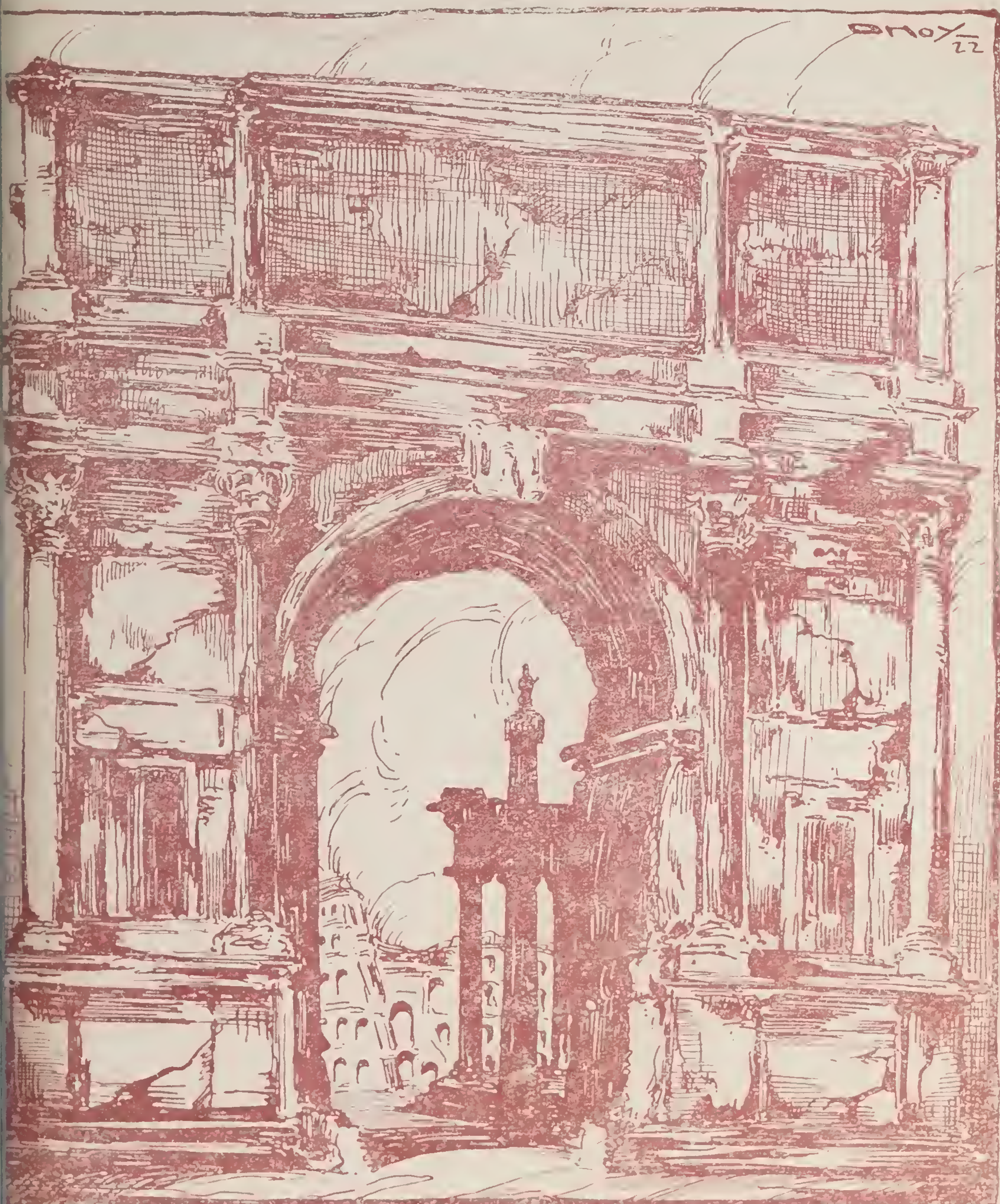


ARGUMENTO Y CANTABLES DE LA FARSA LIRICA

¡Ave, Cèsar!

LIBRO DE J. GONZALEZ PASTOR Y TOMAS BORRAS

MUSICA DE VICENTE LLEÒ.

PRECIO: 0,30 PESETAS

¡Ave, César!

Farsa lírica en tres actos, original de

Joaquín GONZALEZ PASTOR y Tomás BORRÁS

música de

VICENTE LLEÓ

puesta en escena por

EULOGIO VELASCO

TITULOS DE LOS CUADROS

I. Las Gemelas. — II. La vía Patricia. — III. El circo romano. IV. La orgía.

La acción del primer cuadro, en un puerto cercano a Roma. Los restantes en Roma.—Epoca de los Césares, pocos años antes de J. C.

Director de orquesta: Julián BENLLOCH

Decorado de CASTELLS y FERNÁNDEZ de Barcelona.

Vestuario de GRAND GERAD, Manuela CAPISTRÓS y CRÓDER, de Barcelona.

Utilería y Muebles de CRÓDER, de Barcelona.

REPARTO

Lucrecia «la Vestal»	Eugenia ZUFFOLI.
Lucrecia «Citerea»	Eugenia ZUFFOLI.
La vendedora de amor	Enriqueta SERRANO.
Claudia	Amalia DIAZ.
Danzarinas de Gádex	Amalia ROBERT. Enriqueta SERRANO.
Livia	María de la VEGA.
Silvia	Pilar GANDIA.
Asprea	Cristina CASTELLS.
Narina	Paquita LOPEZ.
La Flautista	Enriqueta SOLER.
Danzarinas	Adriana CARRERAS. María YUSTE.
El Cesár	Valentín GONZALEZ.
Vitelio	José ORTIZ DE ZARAT
Marcial	Jesús NAVARRO.
Lupercio	Antonio PALACIOS.
Sátrapa	Vicente MAURI.
Publio	José Luis LLORET.
Luciano	Isidro SOTILLO.
El Gladiador	José Luis LLORET.
Sabino Aulico	José PALOMERA.
Clodio	Emilio ESTERN.
Vatinio	Enrique PASCUAL.
Cayo Sempronio	José Luis LLORET.

Pilotos, Patricios, Cortesanas, Mercaderes, Marineros, Esclavc Esclavas, Flautistas, Bailarinas, Vendedoras de amor, Bebedor Centuriones, Gladiadores, Músicos, Pretorianos, Doncellas de Afr dita, Danzarinas de Gádex, Vestales, Faunos, Silvinos, Sacerdot Invitados. Pueblo romano.

¡AVE, CÉSAR!

ACTO PRIMERO

Es el amanecer de un claro día primaveral en un pequeño puerto italiano cerca de Roma, pocos años antes de Jesucristo, a cuyo puerto acudía el César con su corte a pesar temporadas. Se levanta el telón y entre unos mercaderes que preparan su mercancía, los patricios, los bebedores y el hechicero Publio desarrollan un número descriptivo del amanecer y del ambiente de la época.

Todos — *(Dentro.)*
La aurora descubre
las gradas del foro.
Ya el cielo se tiñe
de púrpura y oro.
Apolo guiando
su carro triunfal,
apaga los gritos
de la bacanal.
(Dentro.)
¡Bebed!
¡Bebed!
Del Falerno embriagador,
que es el vino que enciende la sed
del amor.
¡Cantad!
¡Cantad!
A la diosa del placer.
Y en su boca sensual
apagad vuestra sed.

Coro — El día aparece
rasgando la bruma;
ya el mar nos envía
sus besos de espuma.
(Muy lejos.)
¡Oé, oé!

Pon cuidado, timonel,
que es el barco más frágil de mi bajel.
¡Oé, oé!
Ven al puerto a comprobar
que gallardo se mueve mi esquife
al zarpar.

Publio Cuando la noche muere,
triunfando el día,
y besa el sol las rosas
de Alejandría;
cuando en el cielo apenas
brilla un lucero,
huye con las lechuzas
el hechicero.
Soy de la noche
señor y dueño;
soy de las sombras
emperador;
yo doy placeres
y ahuyento el sueño;
yo hago los filtros
para el amor.
En mi cubil hay hierbas
de toda suerte,
que pueden dar la vida
como la muerte;
hay plantas que conducen
a la locura,
y hay filtros que a las feas
dan hermosura.
Soy de la noche señor dueño;
soy de las sombras emperador;
yo doy placeres y ahuyento el sueño,
y hago los filtros para el amor.

La noche es la que forja
la ilusión;
la noche es la que engaña
al corazón;
la noche es la que encubre
la traición;
la noche es el amor
volcánico y sensual;
la noche es el dolor;
la noche es lo fatal,
es el amor carnal.
(Dentro.)
Todos La aurora descubre
las gradas del foro;
ya el cielo se tiñe
de púrpura y oro.
Apolo guiando
su carro triunfal,
apaga los gritos
de la bacanal.
¡Bebed!
¡Bebed!
Del Falerno embriagador,
que es el vino que enciende la sed
del amor.
¡Cantad!
¡Cantad!
A la diosa del placer,
y en su boca sensual
apagad vuestra sed.

A casa de Luciano, noble y rico senador romano, acuden un piloto y varios marineros para recoger el equipaje del ilustre patricio, que con su mujer, Claudia, se dispone

a hacer un viaje a Alejandría. De casa de Luciano sale Lupercio, joven esclavo a quien sus amos acaban de conceder la libertad, y una fortuna sólida para que los dioses les otorguen un viaje feliz. Lupercio está contentísimo, pues ignora lo que es amor y con el dinero que ahora tiene se dispone a conquistar todas las mujeres de Roma.

Entran en escena Luciano y Claudia, dispuestos a embarcar. Obedece el viaje a la necesidad de entregar la mitad de una herencia, de la que Luciano es depositario a cierta Lucrecia llamada la Citerea, que es una de las más hermosas y descocadas cortesanas de Alejandría. Esta Lucrecia es hermana gemela y exactamente igual, físicamente de otra Lucrecia, pupila de Luciano, joven tan casta, hermosa y honesta que se la conoce en Roma por el sobrenombre de la Vestal. Lucrecia, que se ha criado en casa de Luciano y Claudia, es prometida del hijo de éstos: Vitelio. Para que la reputación de Lucrecia la Vestal no sufra un golpe rudo, Luciano y Claudia hacen el viaje a Alejandría, pues no se conocen las dos gemelas ni tienen noticia la una de la otra, ya que Luciano ha ocultado cuidadosamente a la Vestal la existencia de su hermana la impúdica. Al llegar a los veinte años ha de entregar a las hermanas la fortuna que ha administrado y para evitar que la Citerea llegue a Roma la va a entregar su parte.

Una vez embarcados, Lupercio se dedica a la crápula y empieza por querer conquistar a las seis esclavas de que es poseedor, lo que origina este número de música.

Esclavas Feliz Lupercio;
dichoso tú,
que ya dejaste
tu esclavitud.
De esclavo pasas
a ser señor;

que la Venus Citerea te proteja
y que tengas mucha suerte en el amor.

Lupercio
Os doy mil gracias,
Salud, mujeres.
Ahí va un denario
para alfileres.
Aunque de esclavo
pase a señor,
podéis todas aspirar a mis caricias.
¡Yo os tengo ese honor!

Esclavas
Para nosotras eres
aquel hermoso niño
tan rubio como Céres,
más blanco que el armiño,
y aunque de humilde esclavo
pasaste a ser señor,
no puedes inspirarnos
ningún amor.

Lupercio
Esclavas, voy pensando,
si juzgo por las trazas,
que todas me estáis dando
un par de calabazas.
¡Por Polux!... ¡Por Urano!...
Decidme si es verdad.
¡Por Baco!... ¡Por Vulcano!
Hablad... hablad...

Esclavas
Te diremos con todo cariño
y con todo respeto, señor,
que teniendo esa cara de niño
no se puede vencer en amor.

Lupercio
Si una dama en mi cara repara,
yo haré en ella encender la pasión,
que aunque tenga de niño la cara,
soy tan hombre como centurión.

Esclavas ¡Ja, ja, ja, ja, ja!
Lupercio ¡No os riais!
Esclavas ¡Ja, ja, ja, ja, ja!
Lupercio ¡No os riais!
¿Por qué así
de mi amor
os burlais?
Esclavas No hay en Roma una mujer
que en ti pueda reparar.
Lupercio Los estragos que va a hacer
este modo de mirar.
Esclavas No has de herir en amor ningún pecho,
ni entre hermosas jamás triunfarás
si al asunto no vas muy derecho
y eres muy atrevido además.
Lupercio El consejo que dais he atendido
cuando a alguna voy a seducir,
y por falta de ser atrevido,
no temáis, que no habrá que reñir.
Esclavas ¡Ja, ja, ja, ja, ja!
Lupercio ¡No os riais!
Esclavas ¡Ja, ja, ja, ja, ja!
Lupercio ¡No os riais!
¿Por qué así
de mi amor
os burláis?
Para cosas del amor
ya os dirigiréis a mí,
que en cüestiones de pudor
no reparo tanto así.
Esclavas ¡Ni tanto así!

Vitelio, con su mayordomo Sabino Aulico, viene del pue to de despedir a sus padres y llama a su prometida Lucr

---

cia la Vestal a la que jura amor una vez más. Vitelio, lo mismo que todo el mundo, ignora la existencia de Lucrecia Citerea.

Sabino	¡Abrid!
Esclava	*(Dentro.)* ¿Quién lo demanda?
Sabino	Vitelio, mi señor.
Vitelio	Abrid, que hasta esa puerta cantando llega amor.
Lucrec. Vestal	*(Saliendo.)* ¡Vitelio!
Vitelio	¡Mi Lucrecia! Al verte soy feliz.
Lucrec. Vestal	Feliz y venturosa me siento junto a ti.
Vitelio	Cuando a tus ojos el alma asoma, tienes en ellos un manantial de la dulzura de la paloma y la pureza de la vestal.
Lucrec. Vestal	Mírame blanca, tranquila y pura, que no te ciegue brutal pasión, porque el cariño que más perdura es el que nace del corazón.
Sabino	¡Cuánto se aman!
Lupercio	¡Cuánto se quieren!
Vitelio	¡Lucrecia mía!
Lucrec Vestal	Dueño y señor.
Vitelio	Sé tú quien me dé la alegría con una caricia de amor.
Lucrec. Vestal	No pidas eso.
Vitelio	¡Mi alma soñó!
Lucrec. Vestal	Que nunca el chasquido de un beso mis labios de virgen manchó.
Vitelio	Mujer de estatuaria belleza,

mujer de pudor sin igual,
mujer de divina pureza,
mujer de candor virginal.
¡Mujer!
En tu pecho de cristal
siempre triunfa el amor del placer.

Lucrec. Vestal Amor es un fuego sagrado,
amor no es incendio voraz,
amor es vivir lo soñado,
amor es la calma y la paz.
¡Amor!

Los dos Es la clara y suave luz
de un jardín en perpetuo verdor.
¡Amor!
(Hacen mutis los dos.)

Aparece Marcial, rico y elegante poeta romano, buen en el fondo y mordaz en su trato, y poco después César borracho con sus cortesanos y centuriones.

Clod. y Vat. ¡Salud, poeta!

César Salud, Marcial.

Marcial *(Aparte.)*
Qué borrachera
tan imperial.

César Bebe y escucha
con atención,
y dime si el gran Virgilio
firmaría esta canción.

Clod. y Vat. No prodigues por los dioses
tu divina inspiración.

César Es la bebida en los anales del Imperio
de lo más serio
que sucedió.
En toda Roma, desde el Foro al Palatino,

todo con vino se resolvió.
Gobierna siempre, me decían mis abuelos,
a medios pelos,
que es lo normal.
Cuida que al pueblo no le falte nunca el mosto
y no te irá tan mal.

'odos Es colosal,
es colosal.

ésar Bebe con ganas,
y a las romanas
dalas rico Falerno,
que de este modo
se arregla todo
programa de gobierno.

odos Bebe con ganas,
y a las romanas
da también a libar,
que en el Imperio
este es el serio
modo de gobernar.

ésar Sin beber vino no concibo los placeres
ni a las mujeres
hablo de amor.
Si no he bebido, me parece todo fútil.
Soy más inútil
que un senador.
Pero si pruebo cuatro tragos de Falerno,
me importa un cuerno
la Humanidad,
y cuando veo una romana que me gusta,
es para mí, y en paz.

dos Es colosal,
es colosal.

sar Bebe con ganas, etc.

El César confiesa a Marcial que tiene el propósito de conseguir de grado o por fuerza el amor de Lucrecia la Vestal. El centurión llama a la puerta de la hermosa entre la expectación de los cortesanos y del pueblo, desarrollándose esta escena musical.

Sempronio ¿Quién va?
Clodio César augusto.
Sempronio Ordena a un servidor.
César Que salga tu señora,
que quiero verla yo.
Marcial El mico y la paloma.
César ¿Qué acabas de decir?
Marcial Es Fedro, el fabulista,
que hablando está por mí.
Lucrec. Vestal Ave, César imperator.
César Qué delicia de mujer.
Clod. y Vat. Es preciosa la doncella.
Marcial ¡Oh, señor, qué vais a hacer!
Coro Algo va a pasar,
algo aterrador,
entre esa mujer
y el Emperador.
En los ojos del César
brilla el amor,
César Lucrecia,
la de labios de rosa,
la de frescas mejillas
y mirar virginal.
Lucrecia,
la mujer más hermosa,
por tu amor diera el cetro
de mi mando imperial.

¡Quiéreme!
¡Quiéreme
y en tu cuerpo de nácar y nieve
el amor gozaré!

Clod. y Vat. Ve que el César te brinda el honor
de otorgarte, Lucrecia, su amor.

Marcial En el pecho del Emperador
no ha vivido jamás el amor.

Todos Harto ya de gozar y beber
sólo busca perverso placer;
le atormenta un deseo brutal;
con razón dice el poeta Marcial
que en el pecho del Emperador
no ha vivido jamás el amor.

Lucrec. Vestal Ve señor, mi dolor.
¡Ah! Ved mi dolor.

César No hagas caso al poeta Marcial,
deja ya tu pudor de vestal.

Clod. y Vat. En sus brazos apura el placer;
no desprecies los besos, mujer.

Lucrec. Vestal ¡Oh, César, soberano del mundo;
de soberbia grandeza,
de poder sin igual;
tus labios, que me insultan inmundos,
manchan de lodo el cetro
de tu mando imperial!
¡Déjame!
¡Déjame!
¡O en mi pecho de nácar y nieve
mi puñal hundiré!

Vitelio Lucrecia... ¡Mi Lucrecia!
¿Qué es lo que ocurre, di?

Marcial El fango del Imperio,
que ha salpicado aquí.

César ¡Apalead a esos esclavos
y detened a esa mujer,
ya que de grado no se presta,
su amor por fuerza gozaré!
Marcial César augusto... ¡Nobles romanos,
de esta doncelle soy valedor!
¡Que nadie en ella ponga sus manos!
¡La guarda el manto de un senador!
Mi toga vela por su inocencia.
¡Nadie se acerque ni le haga mal!
Clod. y Vat. Este ha firmado ya su sentencia.
Lucrec. Vestal A ti me acojo.
Vitelio Gracias, Marcial.
Coro De la doncella salva el honor
la toga augusta de un senador;
es el poeta noble y leal;
por algo escribe versos Marcial.
César *(Todos a un tiempo.)*
Lucrecia, la de labios de rosa.
Lucrec. Vestal ¡Oh, César, soberano del mundo!
Vitelio Lucrecia, la mujer pudorosa;
Coro la más casta doncella
de la Corte imperial.
Vitelio Lucrecia, la que va a ser mi esposa;
de las garras del tigre
te ha salvado Marcial.

El César se va, mientras la toga del senador de Marcial ampara a Lucrecia la Vestal; pero el tirano promete vengarse. Todos hacen mutis y comienza a oirse el rumor del puerto al que acaba de llegar un velero. En él viene Lucrecia Citerea a recoger su herencia. Termina el acto con el canto a Roma de la cortesana y sus compañeras de orgías.

Marineros Coge la vela
de la trirreme;
deja los remos
ave Neptuno,
que nos dejaste
tocar el puerto.

Coro Ya llegó de Alejandría,
vienen muchos viajeros,
trae muy ricas mercancías,
es muy rápido velero.

Sátrapa Esta es la noble Roma,
madre de las naciones,
cuna de los patricios
y templo de los dioses.

Citerea La herencia que me espera
pronto recogeré.

Sátrapa Luciano, guarda el oro.

Lucrec. Citer. En Roma triunfaré.
Roma,
la del lúbrico aroma;
Roma,
donde Venus reinó;
Roma,
la mansión de delicias,
que se enerva en caricias
y suspiros de amor.
Roma,
cortesana del mundo;
Roma,
donde vive el placer;
Roma,
de los fuertes amores;
donde es entre flores
deidad de la mujer.
Salud.

Todos Roma, etc., etc.

Lucrecia De los jardines de Alejandría
traigo en mis labios la roja flor;
traigo en el cuerpo sensual perfume;
traigo en mis ojos fuego de amor.
Vivir gozando como Afrodita,
es el encanto y es la ilusión;
venga la muerte si se marchita
mi corazón.

Todos Roma, etc., etc.

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

La vía patricia de Roma, donde las cortesanas, a imitación de las griegas, tenían establecido su bolsín de amor.

Al levantarse el telón hay un bailable de gente alegre.

Cortesanas Entre risas y suspiros,
entre músicas y flores,
prodigamos los amores,
que es amar nuestro deber.

Patricios Déjame besar tu pecho,
tibio nido de paloma,
que en él guardas el aroma
delicioso del placer.

Coro Si Cupido, travieso,
nos transmite su afán,
cada boca es un beso,
cada pecho un volcán.
Si se aspira el aroma

de su cálida flor,
todo el suelo de Roma
es un canto de amor.

Cort. 1.ª
Amor
nos envía su abrazo sensual
y nos brinda la rosa carnal,
una rosa de rojo color.
Amor
nos ofrece su encanto mayor,
y guiando su carro triunfal
a las almas da vida y calor.
Amor, amor.

Patricios
Cortesana...
sabe la luz de tus ojos
a brisa de la mañana.

Cortesana
Amor mío...
en el rosal de tus brazos
seré yo fresco rocío.

Lupercio, que ha escrito sobre el muro cerámico varios pasquines solicitando otras tantas cortesanas, observa desde una taberna si se coloca debajo del letrero alguna de ellas en señal de aceptación. Se desespera porque ninguna mujer le hace caso, en vista de que parece un niño. Al hacer mutis Lupercio entran en escena Lucrecia Citerea y su mayordomo Satrapa que es un viejo cínico dedicado a la explotación de mujeres y a la tercería. Están los dos muy apenados porque se han enterado del viaje del senador Luciano que fué a Alejandría; ignoran con qué fines. Pero mientras vuelve han de vivir forzosamente de la galantería. Lucrecia encarga a Satrapa que la busque algún ciudadano que la permita instalarse de la manera espléndida que ella acostumbra vivir. Sátrapa parte a cumplir el «honroso» encargo y mientras Lucrecia, fijándose en los

ofrecimientos de la cartela quiere para sí todas las sumas ofrecidas a varias abarca los letreros, Lupercio sale de la taberna entonces, y creyendo que Lucrecia Citerea es la Vestal, extrañadísimo, no se atreve a aceptar su amor porque la confunde con la prometida de Vitelio y pupila de Claudia y Luciano sus ex amos. Pero Lucrecia Citerea se pone tan insinuante que convence al joven liberto, el cual parte en busca de joyas y dinero.

He aquí el dúo que cantan entre la escena:

Lupercio Es Lucrecia la Vestal,
es la cándida paloma.
La única mujer de Roma
a quien yo no puedo amar.

Lucrec. Citer. Es un niño el tal doncel;
sus mejillas son dos rosas,
pero están muy mal las cosas
para desprenderse de él.

Lupercio La prometida de Vitelio,
del que me dió la libertad.

Lucrec. Citer. Ven, que te esperan mis caricias

Lupercio Vestida así, ¡qué guapa está!

Lucrec. Citer. Ven a mis brazos, mi señor;
no tengas miedo, ven a mí,
que las delicias de mi amor
te las ofrezco a ti.

Lupercio Aunque de amor siento el calor,
no has de extrañar mi candidez,
que entro en las lides del amor
por la primera vez.

Lucrec. Citer. ¿De verdad,
mi señor,
desconoces lo que es el amor?

Lupercio Ahora vas

a saber
lo que creo que amor debe ser.
El amor debe ser una cosa
dulzona y amarga, picante y sabrosa;
el amor debe ser un gustillo
que sube y que baja como un hormiguillo;
el amor debe ser acicate
que enciende en el alma violento combate,
que nos ata de manos y pies
y nos deja sin aliento después.

Citerea — Nada de eso es,
nada de eso es.
El amor suele ser un tesoro
que suena y que brilla lo mismo que el oro;
el amor es hoy algo que rueda,
redondo y brillante, como una moneda;
el amor es un lecho de rosas,
cubierto y bordado de piedras preciosas.
El amor tiene un nombre, que es:
interés, interés, interés.

Lupercio — Pues yo en tus brazos
quiero gustar
esa suprema
emoción de amar.

Citerea — Ya te he explicado
lo que amor es:
interés, interés, interés.

Lucrecia espera a Lupercio en la taberna. Aparecen el César, los cortesanos y Marcial. El César sigue borracho y dice a Marcial que ha encontrado manera de castigar a Lucrecia y es hacerla ingresar en el templo de las Vestales. Así no se podrá casar y ya tiene pena por no haber accedido a su amor. Marcial se indigna y al discutir pro-

nuncian fuerte el nombre de Lucrecia. Al oir su nombre la Citerea sale de la taberna y todos la confunden con su hermana gemela.

Clod y Vat.	¿Qué te parece la Vestal, qué te parece, di, Marcial?
Marcial	Me parece muy mal, me parece muy mal.
César	Darte mi amor es un honor.
Lucrec. Citer.	Dame diez minas, que es mejor.
César	¡Oh, qué grande es tu amor! ¡Oh, qué grande es tu amor!
Lucrec. Citer.	Tu ardiente sed de amores en mi boca calmarás; dulzor de miel en estos rojos labios beberás.
César	Acaríciame más... Con mi pasión ardiente esta perla aceptarás; mi corazón en este gran zafiro engarzarás.
Clod. y Vat.	Acepta regalos como una cualquiera.
Marcial	Merece mil palos mi conducta austera.
Clod. y Vat.	Esa perla es prenda de odioso contrato.
Marcial	Con esto mi toga queda hecha un guiñapo.
César	Mis besos de fuego serán para ti.
Lucrec. Citer.	No olvides las minas que antes te pedí.
César	Tu cuerpo de joyas pronto cubriré.
Lucr c. Citer.	Donde me las compres

	te contestaré.
César	En baño de plata
	te quiere mi amor.
Lucrec. Citer.	En baño de oro
	sería mejor.
César	Con mi pasión ardiente
	esta perla aceptarás.
Lucrec. Citer.	Tu ardiente sed de amores
	en mi boca calmarás.
Clod. y Vat.	En su amor beberás,
	su pasión gozarás.
	Mira qué contentos
	se van al cubículo,
	qué acaramelada
	que va la Vestal;
	ya habrás comprendido
	que has hecho el ridículo,
	querido Marcial.

Marcial, mientras Lucrecia se va con el César, queda abrumado por el ridículo de haber protegido con su toga a una impúdica mujer; Lupercio sale con las joyas y al saber que el César es su rival, medio se desmaya. Vitelio viene también loco de dolor, de despecho y de celos. Ha visto a Lucrecia (él cree que es su prometida) en brazos del César.

Marcial	Vitelio, amigo...
Vitelio	Todo lo vi.
Lupercio	Este va a hacerme
	cachos así...
Vitelio	En una litera de nácar y rosa,
	bebiendo gozosa en vaso mirrino,
	vi a la cortesana que iba a ser mi esposa

en brazos del César ir al Palatino;
un odio violento corrió por mi alma,
mis manos buscaron el frío puñal...
¡Que en sangre se tiñan mis carnes morenas,
que muera en las gradas del lecho imperial!

Marcial Conten el fuego
de tu pasión;
bebe y sonríe,
que es lo mejor.

Lupercio Olvida y deja
quieto el puñal.
(¡Ay, mi cabeza
qué vueltas da!)

Vitelio Su cuerpo, que siempre veló a mis miradas,
brindaba al augusto con cínico encanto;
vi que él con sus manos violentas y airadas,
llegaba a las carnes rasgándola el manto.
Con un beso largo calmó sus anhelos;
con otro lascivo premió ella su afán,
y en mi alma lucharon el odio y los celos,
rugiendo terribles como un huracán.

Marcial Bebe y no olvides que la mujer
es un juguete que da placer.

Lupercio Mira que tiene razón Marcial;
no gastes bromas con el puñal.

Vitelio Matar es mi anhelo mayor;
que ellos mueran también
como muere mi amor.

Marcial convence a Vitelio de que la desprecie y se dedique a la orgía también. Entran Vitelio y Marcial en la taberna en busca de cortesanas y de vino. Salen varias vendedoras de amor y cantan el siguiente número:

Vendedoras Esta flor
del color,
del color de la sangre ardorosa,
que corté,
que besé,
que besé respirando su olor;
esta flor,
del sabor
de mi carne, y tan voluptuosa.
comprarán...
¿Cuánto dan,
cuánto dan
por mi flor?

Vendedora 1.ª Una noche febril de delicias,
una noche de ser triunfador,
una noche de intensas caricias
yo le ofrezco a quien compre esta flor
La pasión que mi cuerpo desata
sentirá por su cuerpo correr,
y en mi beso, que agota y no mata,
le daré mi cariño a beber.
Mi pecho se enciende
con dulce calor...
Ven dueño mío a gozar,
ven a calmar este ardor;
ya sabes que se vende,
se vende una noche de amor.

Todos Ven, dueño mío, a gozar;
ven a calmar este ardor;
ya sabes que se vende,
se vende una noche de amor

Vendedora 1.ª Del jardín del amor una rosa,
con un beso Afrodita creó,
y esa rosa fragante y jugosa

---

es la dicha que te ofrezco yo.
Cuando muera esa flor olorosa,
y su aroma y su encanto den fin,
te llevaré a coger otra rosa
de Afrodita al inmenso jardín.
Mi pecho se enciende, etc.

Apenas hacen mutis, aparece Lucrecia la Vestal, que busca a su prometido, el cual le han dicho que está en la vía Patricia. Va a decirle que el César la ha enviado un lictor ordenándola que ingrese en el santuario de las Vestales y a pedirle que le proteja. Se encuentra con Lupercio y con Satrapa, que la afean su proceder de antes, cosa que sorprende mucho a la virtuosa doncella. Lupercio se la quiere llevar a su casa y Satrapa la dice que ha encontrado un quirite que la da mil talentos por una noche de amor. Ella se indigna. Vitelio y Marcial salen de la taberna y también llega el César buscando a Lucrecia otra vez, pues quiere gustar de nuevo los besos de sus labios. Lucrecia la Vestal suplica a su novio que la proteja y éste la rechaza, tachándola de cortesana impúdica. Marcial también se niega a protegerla otra vez y ella se echa en brazos de Sátrapa que es el único que la ofrece su apoyo. El César, furioso, al ver que otro hombre se la arrebata, fingiendo indignarse porque una vestal ha roto sus votos, condena a muerte por las fieras a Lucrecia la Vestal y a Sátrapa. Los centuriones se llevan a los reos.

TELÓN

CUADRO SEGUNDO

El Circo Romano. Toda la acción del cuadro es fácilmente comprensible por los cantables que van a continuación. El cuadro es todo él musical.

César
La fiesta de sangre
ya puede empezar;
ya tienen las gentes
mi venia imperial.
De fuerza y destreza
la lucha va a ser;
la lucha, que es siempre,
morir o vencer.

Gladiadores
¡Ave, César imperator!
Morituri te salutant.

Vatinio
Los que van a morir te saludan
y a tus plantas se postran, Señor;
pisan firme en la arena y no dudan
en matarse por su Emperador.
Al caer moribundos o heridos,
sólo pide de ti el gladiador
un recuerdo para los vencidos
y una dama para el vencedor.
Sin odio a la lucha
se van satisfechos
erguidos los pechos,
en alto el puñal;
perdón, si mi sangre
plebeya y robusta
salpica tu augusta
diadema Imperial.

Gladiadores ¡Ave César Imperator!
Morituri te salutant.

Clod. y Vat. Señor, el pueblo espera
tan sólo tu señal.

César Que aguarde, que hoy las fieras
la fiesta han de empezar.

Vitelio ¿Qué fué de mi Lucrecia?
¿Por fin la has visto?

Sabino ¡La vi entre pretorianos
venir al Circo!

Lupercio ¡Qué pánico tengo,
qué miedo me da;
esto me parece
que acaba mal!

Marcial Evita el espectáculo,
perdona a esta mujer.

César Marcial, sella tu boca,
ya sé lo que he de hacer.
Patricios y quirites, romanas, romanos,
el templo de Vesta la diosa inmortal
se abrió a los placeres por las torpes manos
de una cortesana que antes fué Vestal.
Lucrecia, más casta que la blanca luna,
hermosa y honesta y pura hasta ayer,
vende hoy sus caricias por una fortuna
y en brazos del vicio se entrega al placer.
Yo, gran sacerdote del sagrado templo,
prometí a la diosa su afrenta vengar.
Ejemplar fué el crimen, que sea un ejemplo
la pena que el crimen ha de castigar.
Patricios y quirites, romanos leales,
la augusta justicia va a hacerse sentir
como ejemplo indigno de impuras vestales
va sobre la arena, Lucrecia a morir.

Lucrec. Vestal César augusto y omnipotente
a quien un trono le dió el Destino,
bajo tu torva y altiva frente
el númen vive de un asesino.
Saben las gentes que me conocen
y son testigos de mi virtud
que los leones que me destrocen
son mucho menos fieros que tú.

Sátrapa Perdona sus culpas, augusto Señor;
no sabe lo que se habla, perdió la razón.

Lucrec. Vestal A ti, mi pasión más ferviente;
a ti, que eres todo mi amor;
a ti, la mujer inocente
acude a llorar su dolor,
a ti llegará un beso de amor
cuando vaya mi vida a extinguir
(Dirigiéndose a Vitelio).

César Basta; acabemos.

Marcial Será lo mejor.

César Que las fieras desgarren el cuerpo
de esta mala vestal sin pudor.

Vitelio No, no; nadie toque a Lucrecia
que la defiendo yo.
A esta mujer, que es mía,
la ampara mi puñal
de la garra del tigre,
de la garra imperial.
No sé si eres inocente,
no sé si tienes honor,
entre mi amor y tu crimen
siempre es más fuerte mi amor.

César Pronto, cortadle las manos.
¿Lo tendré que repetir?

Vitelio Un momento, ciudadanos,
tiempo habrá para morir.

¡Ah!
Pueblo romano, por tus audacias
triunfó en el mundo tu voluntad,
tierra de todas las democracias,
patria de leyes y libertad.
En tu regazo nació el derecho;
tú, de ti mismo, fuiste el rey;
con sangre noble, tu noble pecho
a Justiniano dictó la ley
Sé otra vez fuerte, pueblo romano;
muéstrale al César tu corazón;
tú necesitas un Soberano
que se ennoblezca con el perdón.

Pueblo Perdón, perdón.
Piedad, piedad.
El pueblo lo manda y él quien impone
su voluntad.

Lucrec. Vestal Al fin comprendes
lo grande de mi amor.

Vitelio Te devolví la vida,
devuélveme el honor.

Pueblo Piedad, piedad.
Perdón, perdón.
El pueblo lo pide y él es el que tiene
siempre razón.
¡Muera, muera!...

César ¡A mí mis pretorianos,
A mí mis centuriones!,
es César el que impone
aquí su voluntad.

Marcial No impongas tus instintos,
Señor; cierra la boca
ante un pueblo que invoca
su augusta libertad.

Todos ¡Ah!
Roma, la tierra de las audacias,
impuso al mundo su voluntad;
aquí son fuertes las democracias,
aquí ha nacido la libertad.
El pueblo manda y es soberano,
el pueblo siempre tiene razón,
y si ante el pueblo surge un tirano,
el pueblo hiere su corazón.
Alta la frente y erguido el pecho
perdón te pide la altiva grey;
el pueblo es fuerza, vida y derecho
el pueblo impone siempre la ley.
¡Abajo el tirano!
¡Quitadle el poder!
Es el pueblo soberano
el que indulta a esta mujer.
(Vitelio se lleva a Lucrecia la Vestal, desmayada, protegidos por el pueblo.)

ACTO TERCERO

En casa de Marcial, donde se está celebrando una orgía. A ella asisten el César, Lucrecia Citerea, Satrapa, Marcial, Lupercio y cortesanos.

En el primer número de música Lucrecia canta a Venus, ofreciendo la virginidad de algunas doncellas, que entran en acción después y después se canta el número de las danzarinas de Gadex. Los dos van a continuación.

Ellas El vino en las copas
incítanos a beber;
el vino nos hace
quimérica la ilusión.
Ellos Los labios sangrientos

van cálidos de placer
buscando otros labios
frenéticos de pasión.

César Consagremos la orgía a Afrodita,
la diosa del amor,
y que sea mi hermosa Lucrecia
la que haga a la diosa
la consagración.

Lucrec. Citer. Ave, diosa de la gracia;
ave, madre del amor;
Roma, la hermana de Grecia,
tus encantos contempló,
y a ti canta sus anhelos
entre llamas de pasión.
Ave, diosa de la gracia;
ave, madre del amor.
Oh, dulce Afrodita,
diosa del placer,
donde los humanos
apagan su sed,
a ti mis doncellas
te van a ofrecer
la más blanca rosa
de su doncellez.

Doncellas Tiernas palomas de blanco albor
que en suave nido mueren de amor;
madre Afrodita, vienen aquí
para ofrecerte su cuerpo a ti.
Tú, que el deseo de amor amparas;
tú, que me abrasas con tu calor;
tú, que eres fuerza, placer y vida,
harás que goce mi corazón.
Por ti he nacido y a ti me debo
para tu gloria tuyo es mi cuerpo.

César Esto es muy triste, y la orgía
no me divierte, Marcial.

Marcial Ahora viene la alegría
y la gracia natural.
De Gadex trajeron varias danzarinas,
y siendo de Hispania
son todas divinas,
todas son ardientes
como el mismo sol
que en Bética luce
con fuerte fulgor.

Danzarinas La luz de mi hermosa tierra,
¡ay!, llevo yo en mis labios rojos
y su alegría la llevo
en las niñas de mis ojos.

Una Tengo sal.

Otra ¡Natural!

Una Es mi carne incitante y morena...

Otra Con un beso yo quito la pena.

Una En mi cara se ríe el amor.

Otra Y loquito yo vuelvo al que quiero.

Las dos Y mi cuerpo derrama salero,
y la gracia que Hispania me dió
Cuando juego con mis ojos
y mi cuerpo así se mueve
del calor, ¡ay!, se derriten
los copitos de la nieve.

Danzarinas Cuando juego con mis ojos
y mi cuerpo así se mueve
los copitos de la nieve
se derriten del calor.
La luz de mi hermosa tierra,
¡ay!, llevo yo en mis labios rojos,

---

y su alegría la llevo
en las niñas de mis ojos.

Satrapa habla con Marcial de lo ocurrido en el Circo. Ninguno se ha atrevido a resucitar el tema de modo que César está encantado de que la que supone Lucrecia Vestal le haya perdonado y Sátrapa tampoco ha hablado con su señora por temor de que quiera marchar de Roma. Marcial se asombra de que ella parezca unas veces tan virtuosa y otras sea tan sensual. Se lamenta una vez más de la hipocresía de las mujeres. Lupercio, Marcial y Satrapa cuentan al César los chismes de la ciudad fingiendo leer «El Satiricón», supuesto periódico de la época.

Sat. Lup., Mar. Y dice Catón
el redactor jefe del «Satiricón»:
Sátrapa Herculano se pasa la vida
en orgías y crápula y vicio.
Lupercio Y Herculano no tiene carrera.
Marcial Ni fortuna, ni rentas ni oficio.
Sátrapa Si no es rico ni gana dinero,
¿cómo todo lo encuentra a la mano?
Lupercio Tal vez a eso mejor te conteste...
Marcial La sabrosa mujer de Herculano.
Los tres «El Satiricón», «El Satiricón»,
es el que fomenta
es el que alimenta la murmuración.
Sátrapa Hay en Roma mujeres tan sabias
que el más culto las ve satisfecho.
Lupercio Y las hay que al marido le suelen...
Marcial Dar más de una lección de Derecho.
Sátrapa Mas las pobres se olvidan de todo
cuando ven a un romano aguerrido.
Lupercio Y se quedan entre bastidores.

Marcial Y le mandan al foro al marido.
Todos «El Satiricón», «El Satiricón», etc.

Se sigue comentando la situación de los personajes. El mismo interés que tienen todos en no hablar del asunto ha hecho que la confusión de las dos hermanas siga y nadie se haya dado cuenta del parecido. Marcial ordena que los cómicos que ha contratado interpreten la pantomima que ha compuesto en honor del César.

EXPLICACIÓN DE LA PANTOMIMA

Música velada y misteriosa. Cortejo de vestales que hacen ofrendas a Afrodita, cansadas de ser vestales. Invocación y danza de las vestales. Se oyen los caramillos de los faunos. Las vestales escuchan su música, cambian miradas de júbilo y hacen signos de alegría. Aparecen faunos y silvanos. Danzan y las vestales les acarician. Danzan todos. Una vestal da la voz de alarma. Ve llegar los sacerdotes hacia el templo. Faunos y silvanos se fingen estatuas. Las vestales les ofrecen sacrificios. Entran los sacerdotes y en vez de hacer invocaciones a los dioses, pretenden acariciar a las vestales hipócritamente. Las vestales luchan para defenderse. Faunos y silvanos se animan asustando a los sacerdotes falsarios que huyen aterrados. Vestales, faunos y silvanos se entregan a una bacanal.

Terminada la pantomima y cuando todos están borrachos aparece el senador Luciano que ha vuelto de Alejandría, informado de que está en Roma Lucrecia la impúdica. Luciano dice que ha encontrado a Lucrecia la Vestal en el templo de Vesta, donde se refugió después de la desgraciada escena del Circo. Afea al César su conducta y dice que

si no revoca la orden de que Lucrecia la pura se haga vestal, le acusará ante el Senado, porque no tiene poder para obligar a profesar a la joven.

César cree que tiene una alucinación y perdona a una de las Lucrecias con tal de que le dejen a la otra. Con Luciano iban Lucrecia la Vestal y Vitelio que contemplan a la Lucrecia impúdica, revolcándose borracha en el lecho del César. La virtuosa familia de Luciano se va a su retiro de Sicilio asqueados de la podredumbre de costumbres de Roma.

César y los cortesanos entonan la canción a Roma de Lucrecia Citerea del final del acto primero.

FIN

Obras de TOMAS BORRÁS

TEATRO

Dramas líricos: *EL AVAPIES.—LA DAMA DESCONOCIDA.—FIGARO.*

Pantomimas: *EL SAPO ENAMORADO.*

Zarzuelas: *EL HOMBRE MAS GUAPO DEL MUNDO.—RONDA DE GALLOS.—TAMBIEN LA CORREGIDORA ES GUAPA.—¡AVE, CESAR!*

Comedias: *LA ANUNCIACION.—MADRE, LA MI MADRE.*

Revistas: *ARCO IRIS.—LA TIERRA DEL CARMEN.*

NOVELAS

LA CHICHIA.—LA MUJER DE SAL.—LA DONCELLA DE LA RISA Y EL LLANTO.—LA ESTRELLA CAUTIVA.—LA PARED DE TELA DE ARAÑA.

POESIA

LAS ROSAS DE LA FONTANA.

«También la corregidora es guapa» y «¡Ave César!» en colaboración con J. González Pastor; «La Tierra del Carmen» con Carlos Primelles.

Música de Conrado del Campo, Angel Barrios, Vicente Lleó, Pablo Luna, Joaquín Turina, Quinito Valverde, Auli y Benlloch.

Tip. J. Fernández Arias, Plaza Mayor, 16.—Madrid